

Montserrat Arévalo

El viaje

Estoy tumbada en la cama con la mano sobre el interruptor de la lamparita, preparada para encenderla ante el más ligero indicio...

Llevo más de tres años sin quedarme sola en casa, desde que vivo con Rubén, y casualmente sin que aquello haya vuelto a suceder, quizá por el hecho de sentirme más acompañada y protegida.

Su sencillez y disfrute por los placeres mundanos: un buen desayuno, una puesta de sol, un paseo por el campo... al igual que su confianza plena en el buen hacer de las personas me contagian, y resguardan como paraguas que esquivan el aguacero de ideas que emanan de mí, y crean una realidad mucho más fantástica y particular.

—“Me encanta, es tu esencia” —me suele decir él cuando le cuento una de mis anécdotas, terminando con la frase: “aunque no lo creas, fue así como ocurrió”. Historias que escapan de lo terrenal, y que él escucha muy atento; asiente y afirma sin cuestionar nada, y con su silencio me lleva a aterrizar de nuevo al planeta tierra.

A los pocos meses de conocernos, le conté lo que cada cierto tiempo me ocurría: —...*Al irme a dormir siento un sueño más envolvente del habitual; mis pensamientos se alejan, abstrayéndome de todo. De repente, un zumbido constante me saca de ese estado; intento abrir los ojos, pero no puedo; mi cuerpo no responde; pruebo a levantarme, pero no reacciono; hago más fuerza y presión; y por fin mi cuerpo se libera como si algo me tuviese presa.*

Voy a encender la luz, pero mi mano no tiene consistencia; me muevo por la oscuridad de mi habitación, ligera, sin peso; el zumbido aún persiste; no puedo abrir la puerta. Siento que quizá puedo atravesarla, pero me paraliza el miedo.

Un instante después, casi por arte de magia, estoy tumbada en la cama, abro los ojos y pulso el interruptor de nuevo; ahora sí, se enciende la luz. Mi cuerpo ya me responde, ¡estoy despierta, todo vuelve a la normalidad!

—¡Vaya, menuda pesadilla! ¿Y el zumbido desaparece? —me pregunta Rubén con cara seria.

—Sí, el zumbido se va en cuanto despierto. A veces es de madrugada y me quedo en la cama sentada, sin poder dormir de nuevo con mi susto e intranquilidad, sacudiéndome esas sensaciones. Me aterroriza pensar que se repita el sueño o lo que sea...

—¿Qué crees que te pasa? —me pregunta Rubén.

—Creo que mi alma sale de mi cuerpo y flota por mi habitación; el zumbido es como si estuviese en otro plano, igual de real —le contesto sin pudor a lo que pueda pensar.

Esta fue nuestra primera conversación acerca de ello hace cuatro años; ahora pienso “venga, Lucía llevas bastante tiempo sin que ocurra, puede que lo exagerases un poco para llamar su atención, y ver cómo reaccionaba”. Cambio el pensamiento y trato de imaginar qué tal se lo estará pasando en el camino de Santiago con sus dos amigos de la infancia; sobre todo porque son las 00:30 de la madrugada del lunes, y en unas horas tengo que ir a trabajar. Cojo un libro para relajarme, pero estoy nerviosa, en alerta, así que me levanto de la cama, abro la puerta de mi habitación y corro hasta el interruptor que hay en mitad del pasillo; una vez en el salón, enciendo también la luz y la televisión, volviendo al pasillo a apagarla y cerrar la puerta tras de mí.

Ya en el sillón, con el móvil en la mano, y de reojo sin poder evitarlo, observo la oscuridad que acecha tras el cristal de la puerta, mientras, la televisión de fondo poco a poco gana protagonismo, subo el volumen y me centro en las imágenes que estoy viendo: un poblado en mitad de la selva, chabolas incendiadas, mujeres y hombres caen al suelo ante disparos de metralletas, amenazantes jeeps; niños corren llorando desorientados.

La película-documental narra las condiciones de vida en las aldeas del Congo: niños raptados pasan a convertirse en soldados para combatir en milicias rebeldes. Son los daños colaterales del tráfico y monopolio del coltán.

Termino de verla, y pienso “tú con miedos absurdos, tan confortable y tranquila en casa, y otra gente sufriendo por cosas reales a las que temer”. Sin embargo, al abrir la puerta siento de nuevo el temor, aunque más ligero, anestesiado por dosis de cruda realidad.

En la cama, cierro los ojos, y pronuncio las palabras mágicas: —¡Nada ni nadie en estos momentos puede hacerme daño, salvo mis pensamientos; qué afortunada soy de vivir donde vivo, de estar con Rubén, del trabajo que tengo, etc. —poco a poco el genio de la lámpara, se introduce de nuevo dentro.

Cierro y abro los ojos unas cuantas veces, hasta que me siento abrumada por el sueño; pesan los párpados; ya no puedo abrirlos, siento un leve zumbido. “¿Otra vez?”, me digo medio dormida, “¡venga ya, me rindo!, ¡ya está bien!”

El cansancio gana, y comienzo a respirar acompasadamente, inmersa en un sueño en el que mi abuela me da un beso en la mejilla, susurrándome, “tranquila, Lucía, todo está bien, estoy contigo”. Siento calma. Acto seguido aparezco saltando y riendo con mi hermana, tarareando una canción, parece un concierto, música alta, risas, dan paso a una imagen de un mar de fondo, con la luz de un faro que ilumina su inmensidad. Rubén quemando su camiseta verde que tanto le gusta. Destellos rojos en el cielo. Viene hacia mí, me mira y sonríe, nos besamos; le abrazo y contemplo el increíble amanecer. “Estás conmigo en Fisterra —me susurra”.

La sucesión de imágenes dan paso al alba; me despierto con el sonido del despertador. Lunes, vuelta al trabajo. Veo la realidad nítida, sin sombras, ni fantasía, ¡prueba superada! La primera noche sola, seguro que el resto de la semana irá cada vez mejor. El sonido de los mensajes del móvil acompasando a la cafetera: mi tía manda una foto de lo bonito que está Madrid de camino al trabajo. Leo un whatsapp de Rubén. —¡Buenas!, ¿te viene bien que te llame?

—Buenos días. Sí, aún estoy en casa.

—¡Hola, preciosa! —con su tono suave— ¿qué tal, cómo estás?

—Bien, tranquila, ¿y tú?

—Disfrutando del Camino, ¿sabes dónde estuvimos?

—Sí, respondo casi automáticamente sin pensarlo, ¿en Finisterre?

—Jajaja, no, todavía no hemos llegado allí; nos queda una etapa, mañana iremos. Hemos dormido en un albergue en Olveiroa... me gustó... ¿Qué tal lo pasaste anoche?

—Tuve un poco de miedo, pero al final conseguí descansar y hasta soñar algo bonito.

—Sí, como yo, que soñé contigo.

—¿En serio?

—Sí, de hecho, ahora que lo dices estábamos los dos en Finisterre, quemando mi camiseta verde.

—¡Qué fuerte, Rubén, yo soñé lo mismo! Nos besábamos viendo el amanecer.

—¡La magia de la vida! Nuestros mundos están conectados —añadió con su risa cómplice.

—¡Me parece increíble, Rubén! ¿No crees que nuestras almas estuvieron juntas ayer de alguna forma?

—¡Puede ser! Hay tantas realidades como personas.

—¿Crees que mi espíritu salió de mi cuerpo? ¡Casi seguro que he iniciado más de una vez un viaje astral!

—No lo descarto; aprovecha para alejar tus miedos, y confiar. Solo así conseguirás disfrutar del viaje.